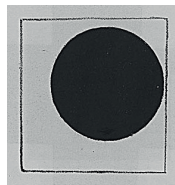


Amistad y felicidad en el pensamiento aristotélico

Friendship and Happiness in Aristotelian Thought

Marco Brescia López
Universidad de Sevilla
marcobrescialopez@gmail.com



FRAGMENTOS DE FILOSOFÍA, N° 20, 2024: 1-10

ISSN: 1132-3329, E-ISSN: 2173-6464
https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2024.20.01

Editores

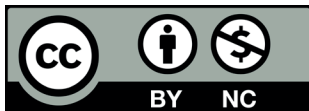
Juan José Gómez Gutiérrez
Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla
Alejandro Martín Navarro
Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla
Fernando Gilabert Bello
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Málaga

Comité científico

José Luis Abdelnour Nocera, University of West London
Salvatore Cingari, Università per Stranieri di Perugia
Anacleto Ferrer Mas, Universidad de Valencia
Claudia Giurintano, Università di Palermo
Antonio Gutiérrez Pozo, Universidad de Sevilla
Alicia De Mingo Rodríguez, Universidad de Sevilla
Antonio Molina Flores, Universidad de Sevilla
José Ordóñez García, Universidad de Sevilla
Hugo Viciano Asensio, Universidad de Sevilla

Producción editorial

Miguel Fernández Nicasio, Universidad de Sevilla



© de los textos: sus autores
Edita: Editorial Universidad de Sevilla
ISSN: 1132-3329; e-ISSN: 2173-6464
https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2024.20.01
Facultad de Filosofía
Departamento de Estética e Historia de la Filosofía
C/ Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla (España)
https://revistascientificas.us.es/index.php/fragmentos_filosofia/index
Correo: jgomez32@us.es

Introducción

Resumen: El objetivo del presente escrito es mostrar la imposibilidad de alcanzar la felicidad careciendo de amistades desde la perspectiva del pensamiento aristotélico. En primer lugar, ofreceremos una breve descripción de la teoría de la felicidad aristotélica y de su concepción sobre la amistad y después articularemos un discurso que trace un vínculo indeleble entre la amistad y la felicidad. Destacaremos la relevancia de un planteamiento filosófico que se focaliza en la felicidad y en la amistad como elementos esenciales en el desarrollo de nuestra vida. A modo de conclusión, reflexionaremos sobre la vigencia y actualidad del pensamiento ético aristotélico.

Palabras clave: Felicidad; Amistad; Virtud; Comunidad.

Abstract: The objective of this writing is to show the impossibility of achieving happiness without Friends from the perspective of aristotelian thought. First, we will offer a brief description of Aristotle's theory of happiness and his conception of friendship and then we will articulate a speech that draws an indelible link between friendship and happiness. We will highlight the relevance of a philosophical approach that focuses on happiness and friendship as essential elements in the development of our lives. By way of conclusion, we will reflect on the validity and relevance of Aristotelian ethical thought.

Keywords: Happiness; Friendship; Virtue; Community.

Son harto conocidas las enseñanzas que nos brinda Aristóteles en torno a la felicidad. La felicidad es un arduo tema de investigación, por la complejidad del examen de su naturaleza y por las divergencias acerca de su significado. Hay una cantidad ingente de interpretaciones sobre la felicidad, y Aristóteles indagará en aquellas definiciones que todas las personas ordinarias comparten, pues es indicio de que encierran algo de verdad ahí. Esta metodología consiste en «(...) investigar en primer lugar las dificultades que presentan para probar después, si es posible, la verdad de todas las opiniones generalmente admitidas sobre estas experiencias: y, si ello no es posible, la mayoría y las más autorizadas» (*EN*, VIII, 1, 1145b1-3). Por esta razón, de acuerdo con Calvo, el procedimiento de investigación aristotélico «(...) es siempre sensible a la pluralidad de opiniones» (Calvo 1999, 1-2).

Aristóteles, que era un perspicaz observador, recoge la opinión popular intentando desgranar la cuestión genuinamente filosófica. Parece que todo el mundo concuerda en que la felicidad es el destino de los seres humanos virtuosos, y veremos en qué consiste ser virtuoso según el modelo aristotélico.

Que sea su destino implica que nuestra vida está predispuesta de acuerdo con ese fin, es decir, que realizamos una acción u otra en busca de ese objetivo. Concluyendo el tratado de la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles va a inquirir en el fenómeno de la amistad. A lo largo de la historia de la filosofía muchos son los autores que han abordado este tema. Platón afirma que solo «los buenos son semejantes entre sí y amigos, y que los malos, cosa que se dice de ellos, nunca son semejantes ni siquiera con ellos mismos, sino imprevisibles e inestables» (*Lisis*, 214c8). De esta forma encuadramos la amistad en el terreno de la ética, adquiriendo una perspectiva ética.

Nuestro objetivo es el estudio del posible vínculo entre la amistad y la felicidad, mostrando que la amistad es un ingrediente necesario para el individuo feliz¹. En consecuencia, exploraremos la posibilidad de actualizar las tesis aristotélicas, que recuperan una noción de felicidad ligada a la amistad y a la virtud, así

¹ Martha Nussbaum, en su extensa obra *La fragilidad del bien*, declara que para Aristóteles la *philia* es un componente fundamental de la vida buena o vida feliz (Nussbaum 2015, 433).

como el resurgimiento de cualidades como la prudencia y la moderación como características irrenunciables del hombre feliz. Además, pensamos que esto tiene implicaciones en la dimensión política, siendo la amistad un elemento clave para la estabilidad de la comunidad y la paz social.

1. Investigación acerca de la naturaleza de la felicidad

En la ética aristotélica lo importante es la finalidad de las actividades. Esta finalidad la buscamos porque creemos que es un bien, pues «(...) toda arte y toda investigación e, igualmente toda acción y libre elección parecen tender a algún bien» (*EN*, I, 1, 1094a1). Aristóteles sostiene que existen múltiples actividades diferentes, y que cada una de ellas parece orientarse hacia un bien específico, así como el fin de la medicina es la salud y el de la construcción naval, el navío (*EN*, I, 1, 1094a6-7). Por otra parte, en el caso de que existiera algún bien que todos buscáramos por su perfección, y todos nos dedicáramos a la incesante búsqueda de este bien, este sería el bien supremo, que se eleva por encima de los demás bienes. Se encargaría de su estudio la política, que es la ciencia suprema y la que satisface las necesidades de la ciudad (*EN*, I, 2, 1093a25-28).

Prosiguiendo con nuestro análisis sobre aquel bien más perfecto, nos dirá Aristóteles que parece ser que hemos logrado descifrarlo porque todos convienen en que el bien supremo, el fin último de la existencia y que todos anhelamos, es la felicidad. El primer obstáculo es que no hay unanimidad en definirla. Hay una amplia variedad de interpretaciones: algunos creen que es la riqueza, otros creen que son los honores, o incluso un mismo individuo puede pensar la felicidad de una forma u otra atendiendo a sus circunstancias personales (*EN*, I, 4, 1095a21-25). Se encuentra Aristóteles en la tesitura de la fragmentación de opiniones en la concepción de la felicidad.

En este contexto, aunque preste atención a la subjetividad individual de cada persona y a su particular concepción de la felicidad, Aristóteles se muestra seducido, sobre todo, por aquellos que poseen una mayor cualificación, como antes hemos visto. De lo contrario, el examen de todas las opiniones sería interminable.

El Filósofo rechazará que la felicidad se vea reducida al placer, al honor o a la riqueza. El punto fundamental estriba en que tendemos hacia la consecución del placer o la riqueza como medios para ser felices, pero no son fines en sí mismos. También es preciso indicar que Aristóteles está indagando en torno a la naturaleza de la felicidad, pero es menester preocuparse por la propia del ser humano (*EN*, I, 7, 1097b23-25). Se cuestiona que, así como todas las cosas ejercen su propia función, como un carpintero o un ojo, el ser humano debe emprender la función que le sea propia:

El vivir, en efecto, parece también común a las plantas (...) Seguiría después la sensitiva, pero parece que también ésta es común al caballo, al buey y a todos los animales. Resta, pues, cierta actividad propia del ente que tiene razón (*EN*, I, 7, 1097b35, 1098a1-3).

A pesar del sinnúmero de actividades que realiza el ser humano, parece que su función propia es vivir de acuerdo con la razón. En efecto, el ser humano es capaz de discernir entre lo justo y lo injusto, de realizar juicios de valor, de sopesar, mientras que el animal se restringe a emitir ruidos, y se guía bajo los instintos (*Pol*, I, 2, 1253a11-20). Así, una vez dilucidado que el ser humano guarda una relación ineludible con la racionalidad, esta será un ingrediente esencial para lograr la felicidad. Acentúa Aristóteles su importancia porque la felicidad es el fin más perfecto, y al vivir el ser humano en conformidad con la razón (*logos*), es decir, al desenvolverse de acuerdo con su propia naturaleza, estaría más próximo de su perfección. Y esta perfección sería un acercamiento a la felicidad porque supone el despliegue de su esencia.

Por tanto, vemos el papel fundamental que desempeña la razón en la teoría que elabora Aristóteles, y, en este sentido, la felicidad consistirá en una actividad conforme a la razón. Además, no concebía la felicidad como un estado de esplendor esporádico, sino que es una actividad que perdura durante toda nuestra vida, y que, debido a nuestra finitud temporal, no podemos sentirnos completamente felices. Es al final de nuestra vida cuando debemos hacer introspección de todo nuestro recorrido y juzgar si hemos sido

verdaderamente felices o no, porque como nos recuerda Aristóteles: «(...) una golondrina no hace verano» (EN, I, 7, 1098a19).

Además de ser una actividad de acuerdo con la razón, Aristóteles sostiene que «la felicidad es la virtud o alguna clase de virtud, pues la actividad conforme a la virtud es una actividad propia de ella» (EN, I, 8, 1098b30-33). Las actividades no pueden efectuarse de cualquier forma, sino que es preciso realizarlas de manera excelsa, siendo actividades que sobresalen poderosamente por su excelencia. La excelencia se corresponde con la virtud (EN, II, 6, 1099a20-23). Al mismo tiempo, un elemento clave para ser virtuoso es la educación. Es crucial haber adquirido buenos hábitos y buenas costumbres, porque es ahí donde se afianzan las virtudes éticas. La virtud se adquiere con el ejercicio de buenos hábitos, con formación, y requiere experiencia y tiempo. De este modo, tras el despliegue de hábitos se logra ascender hasta la virtud, por lo que, de acuerdo con Mira, «(...) el proceso del desarrollo de las virtudes parte desde un acostumbamiento a un comportamiento, la repetición de actos» (Mira 2010, 68).

Otro rasgo que define la virtud es que se distancia tanto del exceso como del defecto, pues ambos parecen que tienen consecuencias perniciosas inadmisibles para la virtud, acercándose a un equilibrio entre ambos, por lo que «(...) tendrá que tender al término medio» (EN, II, 6, 1106b18-20). En este contexto, podríamos preguntarnos cómo se llega a ser virtuoso. Pues bien, no es un aprendizaje teórico. Tampoco se nace virtuoso, negando Aristóteles la aristocracia natural y por ello la necesidad de un esfuerzo perfeccionamiento moral: «De ahí que las virtudes no se produzcan ni por naturaleza ni contra naturaleza, sino que nuestro natural pueda recibirlas y perfeccionarlas mediante la costumbre» (EN, II, 1, 1103a25-26).

Llegar a ser virtuoso requiere un esfuerzo individual y colectivo donde a partir del hábito el individuo se va perfeccionando y se va haciendo virtuoso². Esto implica que

² Aranguren explica en su *Ética* que «(...) la perfección ética ha de hacerse en el tiempo y con el tiempo» (Aranguren 1983, 147).

la virtud es accesible a todos aquellos que estén en disposición de adquirirla, demostrando que es producto del hábito y de la costumbre. En suma, si la virtud procediera del azar provocaría que quizás a la gran masa de la población le fuera inalcanzable y que por tanto fueran incapaces de alcanzar ese fin tan anhelado como es la felicidad. Al ser posible alcanzar la virtud de acuerdo con el ejercicio constante de nuestras cualidades personales, será también más accesible:

El bien podrá ser más común y más divino: más común, porque será posible a un mayor número de gente participar de él, y más divino, porque la felicidad será accesible para aquellos que dispongan, ellos mismos y sus acciones, de una cierta cualidad (EE, I, 3, 1215a12-19).

2. Una aproximación a la amistad

Nos parece imprescindible señalar, previo al análisis de la amistad, el punto que une a la ética y a la política. Para el macedonio no es posible obtener la felicidad en soledad, pues el ser humano es por naturaleza un ser social (EN, IX, 9, 1168b23-24). Que sea un ser social no hay que entenderlo como el grado de extroversión o introversión de cada uno de nosotros, sino que debemos de comprenderlo como que es inevitable la cooperación y la convivencia en comunidad para desarrollarnos como individuos. Por eso Aristóteles llega a manifestar que el «(...) insocial por naturaleza y no por azar es o un ser inferior o un ser superior al hombre» (Pol, I, 2, 1253a3). Nuestra constitución ontológica está orientada inexorablemente a forjar relaciones interpersonales, de manera que la ciudad será un elemento que no podrá pasar desapercibido a la hora de valorar la felicidad de los individuos.

De esta manera, para nuestro filósofo, la ética forma parte de la política, porque nuestro carácter (*ethos*) participa en el escenario de la polis, es decir, la manera en la que nos comportamos ejerce un irremediable influjo sobre el resto. Para que el ser humano logre ser partícipe de la felicidad, es necesario que se ajuste a las exigencias de la ciudad. El despliegue de las potencialidades individuales humanas mediante la práctica

de la virtud redundan en el bienestar general de la polis. La característica que traza un nexo entre el individuo y la comunidad es que persiguen el mismo fin. No puede haber contradicción, pero el fin de la ciudad es más perfecto porque abarca a todos:

Pues aunque sea el mismo el bien del individuo y el de la ciudad, es evidente que es mucho más grande y más perfecto alcanzar y salvaguardar el de la ciudad; porque procurar el bien de una persona es algo deseable, pero es más hermoso y divino conseguirlo para un pueblo y para ciudades (EN, I, 2, 1094b5-9).

Sin embargo, para ver si una ciudad es feliz no solo podemos centrarnos en algunos individuos en particular, sino que debemos focalizarnos en todos y cada uno de los miembros que integran la comunidad. Por esto, «(...) no se puede llamar feliz a una polis mirando a una parte determinada de ella, sino a todos los ciudadanos» (*Pol*, VII, 9, 1329a23-24). En este sentido, el individuo no podrá convertirse en ningún momento en una sustancia autónoma desligada de la vida en común, sino que Aristóteles atiende al individuo que participa en la comunidad, manteniéndose este estrecho vínculo.

Llegados a este punto podemos preguntarnos qué ocurre si los legisladores de la polis (que desempeñan una labor crucial para educar a la población) y el conjunto de individuos que viven en ella son injustos. Esto podría favorecer la producción de enemistades entre los ciudadanos, pero «(...) la comunidad implica amistad y los hombres no quieren compartir con los enemigos ni siquiera el camino. La ciudad debe estar construida lo más posible de elementos iguales y semejantes» (*Pol*, IV, 11, 1295b30-33). Nuestro autor decide otorgar una mayor importancia a la amistad que a la justicia porque «(...) también parece mantener unidas las ciudades, y los legisladores se afanan más por ella que por la justicia» (EN, VIII, 1, 1155a22-24).

No obstante, Aristóteles reconoce igualmente la relevancia de la justicia en el plano de la ética y de la política, señalando que «(...) parece la más excelente de las virtudes» (EN, V, 1, 1129b28). En todo caso, en toda

comunidad «(...) hay amistad y también justicia» (EN, VIII, 9, 1159b30). En su análisis de la amistad, Aristóteles considerará que es una virtud, o una especie de virtud, por lo que será un componente fundamental para alcanzar la felicidad, pues esta se basa en la práctica de la actividad virtuosa: «(...) la amistad es una virtud o algo acompañado de virtud y, además, es lo más necesario para la vida. En efecto, sin amigos nadie querría vivir, aunque tuviera todos los otros bienes» (EN, VIII, 1, 1155a1-5).

Y es que no podemos ser felices sin amigos, ni aun teniendo el resto de bienes, pues, ¿quién querría ser feliz, si no dispone de un amigo que le ofrezca un asilo en época de tempestad? En otro sentido, el fenómeno de la amistad es crucial porque supone el proceso de conformación de la comunidad política y al estar relacionada la política con la ética, la amistad adquiere también un carácter moral. Si bien es cierto que nos vemos encauzados a la ciudad por utilidad y para no vernos desprovistos de ayuda, Aristóteles defiende que «(...) el hombre es por naturaleza un animal político, y, por eso, aun sin tener necesidad de ayuda recíproca, los hombres tienden a la convivencia» (*Pol*, III, 6, 1278b25-27). En efecto, esto hará que la amistad se convierta en la virtud política por antonomasia.

Aclarado esto, habrá que explicar en qué se puede fundamentar una relación de amistad. Nos dirá Aristóteles que solo puede amarse lo agradable, que puede manifestarse en tres versiones: lo útil, lo placentero y lo bueno. En cada amistad es un requisito indispensable que exista una reciprocidad de amor. Por otra parte, al ser la amistad una especie de virtud, el amigo no puede estar contaminado por deseos inapetentes o estar sometido al tormento de las pasiones, sino que la amistad implica una elección deliberada del amigo, es decir, hay un acto reflexivo y racional del sujeto en el que pretende elegir al otro que será su amigo. Que sea racional es importante porque habíamos apuntado anteriormente que la racionalidad es el despliegue de la esencia del alma humana y por tanto necesaria para la consecución de la felicidad.

En este sentido, volvemos a apuntar un nexo entre felicidad y amistad, como tér-

minos mutuamente complementarios, pues la amistad recíproca requiere elección (*EN*, VIII, 5, 1157b30), estando vinculada con la racionalidad. Por otra parte, es preciso manifestar que la amistad está basada principalmente en la igualdad. La amistad virtuosa es una cooperación mutua, experimentando vivencias virtuosas que repercuten en un mayor bien tanto individual como colectivo. Por este motivo explica Polo que:

Los actos de esta virtud consisten en cooperar. La cooperación implica la igualdad, que es la característica de la amistad: la intención de otro se incrementa en tanto que es común, de manera que los amigos se ayudan en dicha tarea, y no solo en remediar las situaciones desgraciadas (Polo 1999, 480).

De este modo, nos dirá Aristóteles que podemos discernir diversas tipologías de amistad: amistad por utilidad, amistad por placer y amistad virtuosa. En las amistades por placer y en las amistades beneficiosas, en el fondo solo es de incumbencia el interés personal. Son amistades accidentales porque se ama por el placer o el provecho y no por cualidades de cada persona (*EN*, VIII, 3, 1156a18-22). Las amistades por placer aparecen principalmente en los jóvenes, pues viven arrastrados por la pasión. Las amistades por interés se suelen dar en ancianos, los cuales optan por la vía de obtener réditos en sus relaciones debido a su longevidad, o bien entre personas que contrastan sustancialmente, como por ejemplo un sabio o un ignorante.

En cualquier caso, la raíz común que subyace a estas amistades es que son frágiles. En cambio, la amistad virtuosa es la amistad por excelencia. Los dos amigos se desean el bien simplemente por las cualidades de cada uno, sin necesidad de obtener algún provecho económico o de cualquier otra índole (*EN*, VIII, 3, 1156b6-10). La amistad entre estos corazones perdura en el tiempo porque al no atender exclusivamente al placer o al interés, no es susceptible de cesar inmediatamente.

Sin embargo, estas amistades son difíciles de encontrar (*EN*, VIII, 3, 1156b25-26). Por una parte, porque la mayoría de perso-

nas están corrompidas por el vicio, esmerándose solamente en la búsqueda de pasiones. Por otra parte, porque es difícil cultivar costumbres en la juventud basadas en la práctica de la virtud, por lo que la probabilidad de encontrar semejantes amistades será menor. En suma, para tener un verdadero amigo lo debes conocer en profundidad, lo que supone conocerlo durante un tiempo prolongado y haber vivido una multitud de experiencias, algo que también es de notoria complejidad.

3. Interrelación entre la amistad y la felicidad: la amistad como ingrediente esencial para ser felices

De todo lo dicho hasta ahora podemos extraer una conclusión: somos menesterosos de amigos, necesitamos amigos virtuosos. Los amigos virtuosos se caracterizan por estar en posesión de las virtudes éticas (mansedumbre, liberalidad, valentía, etc) de tal manera que la constitución de una amistad virtuosa nos aproxima no solo a la justicia, sino también a la adquisición del resto de virtudes, propiciando, además, por estar ubicadas en el justo medio, la aproximación a la felicidad.

Pues bien, una vez descrito el fenómeno de la amistad y los problemas que encierra, nuestro objetivo es conectar la felicidad y la amistad, justificando la relevancia de la amistad en nuestro intento de consecución de la felicidad, según Aristóteles. En primer lugar, ¿cómo seríamos capaces de soportar los arrebatos incontrolables de la fortuna si no es con una amistad que suponga un lugar para regocijarnos? ¿Se requiere su presencia con mayor necesidad en la prosperidad, para comunicar los encantos obtenidos? Aristóteles nos interpela así:

De ahí, por un lado, la expresión: «cuando la divinidad proporciona bienes, ¿qué necesidad hay de amigos?, y por otro, el hecho de que parece absurdo asignar todos los bienes al hombre feliz sin darle amigos, que parecen ser el mayor de los bienes externos (...) Por eso, también, se investiga si hay más necesidad de amigos en la prosperidad que en la desgracia (*EN*, IX, 9, 1169b6-10 y 14-15).

Sin ápice de duda, este es un terreno pantanoso de abordar. En ambas circunstancias son necesarios, en la tristeza porque nos proporcionan su estabilidad para reconfortarnos: nos emitirá discursos que nos agradan, y porque el peso del mal que nos carcome es repartido entre ambos, para sobrellevarlo de la mejor manera posible, con la pretensión de poder vislumbrar con prontitud la luz al final del túnel. Es cierto que lo último que queremos es transmitir a nuestro amigo la tristeza que padecemos, y por ello siempre surgirán reticencias a la hora de acudir a él e incluso evitaremos afligirnos de nuestros propios sinsabores delante de ellos.

Sin embargo, los amigos deben reencontrarse con su amigo afligido lo antes posible, siendo un impulso instintivo que nace de su corazón para ayudar a su amigo en sus correspondientes infortunios. Por otra parte, cuando se experimentan sensaciones agradables queremos comunicárselo a los amigos súbitamente, a diferencia de cuando estamos sumergidos en la más sombría zozobra. La fruición que se produce cuando dos amigos comparten sus experiencias incrementa su deseo hacia la vida: ¿quién no ha disfrutado, por ejemplo, del mero acompañamiento de un amigo en cualquier situación? ¿Acaso no reconoceríamos supinamente que ello no provoca una potente adhesión por nuestra parte hacia la vida?

Es inconcebible que otro bien pueda reemplazar a la amistad, convirtiéndose, pues, en una demanda inexcusable de la felicidad. Ahora bien, suponiendo que tenemos al menos una amistad, debemos tener cuidado también con el número de amistades que edificamos, pues un número desmesurado tendrá consecuencias perniciosas para la práctica de la felicidad.

Al ser la amistad una elección deliberada, tendremos que reflexionar el número de relaciones que entablamos. En la amistad, por tanto, predominará el acercamiento al punto medio, pues toda virtud elude tanto el exceso como el defecto. Tenemos que ser prudentes a la hora de establecer amistades, pretendiendo no ensanchar el círculo de amistades más de lo debido. Comenta Aristóteles que puede suceder que entre ellos

haya malas relaciones y esto irá en detrimento de nosotros mismos:

Así, también, el número de amigos es limitado y hay, probablemente, un límite superior dentro del cual uno puede convivir (ya que esto nos parecería ser lo mejor de la amistad); y es evidente que uno no puede convivir con muchos y repartirse entre muchos. Además, también ellos han de ser amigos entre sí, si todos han de pasar sus días juntos, y es arduo de conseguir esto entre muchos. También es difícil compartir íntimamente las alegrías y las penas con un gran número de amigos, pues es probable que, al mismo tiempo, deba alegrarse con uno y afligirse con otro. Quizá, pues, esté bien buscar no demasiados amigos, sino tantos cuantos son suficientes para convivir (EN, IX, 9, 1171a1-10).

Por tanto, la amistad es una virtud que requiere una deliberación racional, tratando de acercarse al punto medio y no precipitarse a los excesos. Aquí rescatamos la importancia de la prudencia en la ética aristotélica. En el caso de la prudencia no cabe la posibilidad de mimesis, porque las circunstancias cambian. Solo cabe adquirir destrezas prácticas para poder desenvolvernos en nuestro espléndido o lúgubre presente. En su clásico estudio, Aubenque interpreta el concepto de prudencia aristotélica como:

(...) ese saber singular, más rico en disponibilidad que en contenido, más enriquecedor para el sujeto que rico en objetos claramente definibles, y cuya adquisición supone no sólo cualidades naturales, sino aquellas virtudes morales que tendrá la misión de guiar: el valor, el pudor y, sobre todo, la templanza de la cual nos dice Aristóteles, jugando con la etimología al estilo de Platón, que es la salvación de la prudencia (Aubenque 1999, 73).

En conclusión, una vez mostrada las conexiones entre virtud, felicidad y amistad, Aristóteles defenderá que la felicidad perfecta nos la otorga la vida contemplativa³.

3 Vigo manifiesta que la vida contemplativa está «(...) dedicada a la contemplación puramente teórica en ejercicio de la sabiduría, como virtud suprema del uso teórico del intelecto» (Vigo 2007, 196).

Ha realizado una comparativa entre los distintos modos de vida, y cree que la vida contemplativa es la que nos aporta mayor autonomía, ya que la vida de los negocios es demasiado dura⁴, la riqueza no puede ser la felicidad, etc. Para Aristóteles el trabajo u otras tareas suponen un impedimento para el estudio de los saberes, consistiendo la felicidad en el libre y genuino ejercicio del filosofar. En definitiva, aboga por tener una completa disponibilidad y libertad, no embarrándonos en el sumiso castigo del resto de labores. Esta actividad contemplativa se rodearía de absoluta felicidad con un amigo con el que practicar tal actividad, discutiendo, aprendiendo, y gozando de esta tarea tan agradable, alcanzando una sensación que incluso llega a ser inefable (Izaguirre 2020, 89).

Conclusiones

Hemos desarrollado la concepción aristotélica de la felicidad, entendida como una actividad virtuosa que se debe ejercer con racionalidad. La virtud, que se adquiere con educación y formación del carácter a través de los hábitos, porta consigo la racionalidad. Después hemos expuesto su planteamiento sobre la amistad, señalando que es una especie de virtud, de la cual el ser humano no puede prescindir, porque es un componente esencial en la búsqueda de la felicidad. Finalmente, una vez esgrimidas las interconexiones que se pueden establecer entre felicidad, amistad y virtud, concluimos este ensayo describiendo el papel de la amistad en la actualidad, así como la vigencia de la teoría ética aristotélica.

Parece ser que el planteamiento aristotélico está en tensión con los dogmas recita-

dos por la sociedad industrial moderna, que ya habían denunciado ferozmente autores como Nietzsche o Marx. Se nos incentiva constantemente a intentar extraer la máxima riqueza posible, empleando una cantidad ingente de tiempo en el trabajo, mientras que para Aristóteles no es posible entregarse a la vida contemplativa sin ocio. Se concibe que la riqueza es el bien máspreciado, pero en Aristóteles no habría ninguna duda: la amistad es el bien externo más valioso y debemos preservarla por encima de todo. En efecto, las fuentes económicas son necesarias porque encauzan nuestra vida hacia un camino u otro, pero la riqueza no puede consumir toda la felicidad. De hecho, solo ocupa un lugar recóndito dentro de ella.

En consecuencia, debido a la proliferación y fructificación del avance científico-tecnológico, solo se contempla nuestro bien individual y la satisfacción inmediata, y eso lleva a una sociedad individualista donde el individuo vela solamente por sí mismo, quedando el papel del amigo desplazado a un plano subsidiario. Todo esto también es denunciado por la Escuela de Frankfurt, observando cómo avanza el sistema capitalista promoviendo la razón instrumental a favor del sistema productivo⁵.

Destacamos, en suma, la relevancia de las tesis aristotélicas en la actualidad. Con Aristóteles asistimos a la recuperación de la pregunta por la felicidad, tratando de comprenderla penetrando en sus raíces más profundas, desmenuzando este concepto hasta proponer una teoría de la felicidad accesible a todo el mundo. Además, enfatizamos el vínculo entre individuo y comunidad política, así como la pregunta por las virtudes éticas e intelectuales. Se retoma la pregunta

4 Para Aristóteles «(...) los honores, el placer, la inteligencia y toda virtud, los deseamos en verdad, por sí mismos (...) pero también los deseamos causa de la felicidad, pues pensamos que gracias a ellos seremos felices» (*EN*, I, 7, 1097b3-4 y 6-8). Aun así, subrayamos que los bienes exteriores también son fundamentales para lograr la felicidad: no podemos despreciarlos. Aunque no sean los ingredientes que nos proporcionan directamente la felicidad, no podemos vivir sin unos recursos mínimos con los que subsistir: «Pero es evidente que la felicidad necesita también de los bienes exteriores, como dijimos; pues es imposible o no es fácil hacer el bien cuando no se cuenta con recursos» (*EN*, I, 8, 1099b1-3).

5 Como afirma Panea: «(...) Lo que Adorno y Horkheimer se proponen con su crítica de los procesos de racionalización modernos no es sino una revisión, una crítica en el sentido kantiano de indagación de los límites de la ciencia y de la técnica. No se trata, como a veces se ha querido ver de creer que en la crítica frankfurtiana hay un rechazo del progreso científico-técnico; más que un rechazo de la ciencia y de la técnica en sí hay en ellos un cuestionamiento de su utilización ideológica al servicio del sistema productivo (...) En los tiempos que corren, ser racional significa ser productivo, es decir, ser eficaz y verse coronado por el éxito (Panea 1998, 78-79).

por la educación, siendo un elemento clave en el proceso de formación del individuo. También la amistad tributa en la educación, porque colabora en la formación individual de los jóvenes. Como sostiene González, Aristóteles recupera cuestiones también hoy insoslayables:

La pregunta por la felicidad (y no solo por la justicia), la pregunta por las virtudes morales, cívicas y políticas (y no sólo por las normas), la pregunta por la educación de los sentimientos morales (y no sólo la transmisión de reglamentaciones y procedimientos) (González 2007, 91-92).

Una actualización de las tesis aristotélicas es la consecución de la felicidad como práctica de la virtud. La virtud la hemos entendido no como adquisición puramente teórica, sino como una racionalidad práctica donde el sujeto se adecua a las circunstancias que tiene que arrostrar. Esto supone la desvinculación de la racionalidad puramente teórica y por otra parte de la racionalidad productiva-instrumental que se focaliza en los índices de producción. En segundo lugar, la virtud engloba epítetos tales como la prudencia, la justicia, la moderación, etc. Por tanto, trazamos aquí el vínculo entre prudencia y felicidad que tiene como nexo la virtud. Para justificar esta idea acudimos a la *Política*: «Pues nadie podría llamar feliz al que no participa en absoluto de la fortaleza, ni de la templanza, ni de la justicia, ni de la prudencia» (*Pol*, VII, 1, 1323a4-5). Esto no solo concierne a la dimensión ética, sino que también lo podemos extender a la dimensión política, donde una de las virtudes que caracterizan al gobernante ha de ser la prudencia (*Pol*, III, 4, 1277b17).

En definitiva, Aristóteles había dicho en el libro X de la *Ética a Nicómaco* que la felicidad es alcanzada en la vida contemplativa. Una vez sopesado y comparado los diversos modos de vida que pueden llevar los hombres, considera que la felicidad perfecta nos la proporciona la vida contemplativa (*EN*, X, 8, 1178b8-9). De acuerdo con esto, dignificamos y revalorizamos la amistad como categoría insustituible en nuestras vidas en consonancia con el planteamiento aristoté-

lico: «(...) creemos, pues, que la amistad es el más grande de los bienes en las ciudades» (*Pol*, II, 3, 1262b6). En convivencia y compartiendo espacio con el amigo virtuoso es donde florece la virtud. Al emerger la virtud y la racionalidad en esa amistad, estamos más próximos a la naturaleza del ser humano y a su consecución de la felicidad. Así, la vida contemplativa donde se filosofa con el amigo virtuoso viene ser la vida más feliz posible.

Referencias

- ARANGUREN, J. L.: *Ética*. Madrid, Alianza, 1983.
- ARISTÓTELES.: *Ética a Nicómaco y Ética a Eudemia*. Madrid, Gredos, 1985.
- ARISTÓTELES.: *Política*. Madrid, Gredos, 1988.
- AUBENQUE, P.: *La prudencia en Aristóteles*. Barcelona, Crítica, 1999.
- CALVO, T.: *La concepción aristotélica de la amistad*. Madrid, Gredos, 1999.
- GONZÁLEZ, E.: «Una lectura actualizada de la ética aristotélica. La mirada de Martha Nussbaum». *Quaderns de filosofia i ciencia*, 37, 2007.
- IZAGUIRRE, P. M.: «Actualidad del tratado de la amistad (philia) de Aristóteles en *Ética a Nicómaco VIII y IX*». *Revista Sapientia & Iustitia*, 1, 2020.
- MIRA, P. C.: «El problema de la amistad en la moral». *Estudios de Filosofía*, 41, 2010.
- NUSSBAUM, M.: *La fragilidad del bien: Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*. Madrid, Antonio Machado Libros, 2015.
- PANEA, J. M.: «Técnica versus racionalidad: la utopía como anhelo de lo radicalmente otro (a propósito del cincuenta aniversario de la «Dialéctica de la Ilustración»)». *Argumentos de razón técnica*, 1, 1998.
- PLATÓN.: *Diálogos*. Madrid, Gredos, 1985.
- POLO, L.: «La amistad en Aristóteles». *Anuario filosófico*, vol. 32, 2, 1999.
- VIGO, A. G.: *Aristóteles: una Introducción*. Santiago de Chile, Instituto de Estudios de la Sociedad, 2007.